MOVIMIENTO
DE LOS
FOCOLARES
Servicio de Información *Tel(0039) 06/947989 – Fax 06/94749320*

Un amor más grande

por Chiara Lubich

(de la revista "Città Nuova" 2005/7)

Su santidad. También yo puedo dar testimonio de ello personalmente. Muchas veces, después de una audiencia con él, me ha quedado la impresión que el cielo se me abría. Me he encontrado como directamente unida con Dios, en una densa unión con él, sin intermediarios. Y eso porque el papa es mediador, pero cuando te ha unido con Dios, desaparece. Me ha parecido comprender más profundamente cuál es el carisma propio del papa. Las llaves para abrirnos el cielo, no le sirven solamente para borrar nuestros pecados, sino también para abrirnos el Cielo abriéndonos a la unión con Dios.

¿Quizás no se explica de este modo aquella alegría, aquel entusiasmo, aquel atractivo que el papa siempre ha ejercitado sobre los jóvenes, sobre los millones de hombres y mujeres de toda raza, cultura, religión y confesión que ha encontrado sobre todo el planeta? Y aquellos cambios de la historia obrados por él en estos 27 años? Este papa comunicaba Dios y él "hace nuevas todas las cosas". Una "presencia" que se ha hecho cada vez más fuerte, a medida que se hacía más grave la carga de sufrimiento hasta a la última hora.

Pero en este momento no puedo dejar de expresar mi gratitud más profunda por muchas otras puertas abiertas con aquellas llaves: el papa siempre ha abierto las puertas de par en par a las novedades del Espíritu al que ha reconocido también en nuestro movimiento, dando su continuo estímulo y sostén, reconociéndolo como regalo de Dios y esperanza para los hombres.

En la homilía del XXV aniversario de su pontificado, Juan Pablo II quiso compartir con toda la iglesia su experiencia íntima como sucesor de Pedro. Él nos confesó como cada día, dentro de su corazón, establecía el mismo diálogo que hubo entre Jesús y Pedro. A la pregunta: ¿Me amas tú "? ¿Me amas más que éstos"?, incluso, consciente de su fragilidad humana, sintió que el propio Jesús lo animó a contestar con confianza cómo Pedro: "Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo."
La historia del Movimiento de los focolares, en estos últimos 27 años, es una demostración del "más" de amor que albergó el corazón de Juan Pablo II. Este su "más" de amor ha reclamado el nuestro, por lo cual el papa ha entrado en lo más profundo del corazón de cada miembro del movimiento. No se puede por tanto decir con palabras sencillamente humanas quién ha sido él para nosotros.

Vuelven a la mente muchos recuerdos ligados a las audiencias privadas, que me ha concedido, a menudo durante las invitaciones a comer en su casa; su presencia en nuestras manifestaciones públicas; sus cartas personales llenas de caluroso cariño y las exquisitas llamadas telefónicas hechas durante los últimos años, en el día de Santa Chiara y este año también por mi cumpleaños, ha querido felicitarme.
Son momentos que han señalado otros tantos hitos en la historia de nuestro movimiento.

Ahora, en el momento del fallecimiento del Santo Padre, nos quedamos admirados y con el alma agradecida frente a tanto amor y, al mismo tiempo, agradecidos a Dios por haber podido estarle al lado y darle a una mano como hijos y "hermana", según ha querido llamarme en su última carta.
Pocos días después de su elección él quiso conocerme y me invitó a asistir a la misa celebrada por él en la capilla privada. En aquella ocasión se dio cuenta, a través de un mapa que le llevé, de la difusión de nuestro movimiento.
En los años siguientes, conoció, con gran alegría, en todas las partes del mundo, dónde se hizo peregrino, nuestro "pueblo focolarino", como él lo llamó, y varias veces nos dijo que nuestra presencia le sirvió de consuelo y de apoyo en sus viajes apostólicos.
Una fecha inolvidable, que queda entre las más bonitas de nuestra historia, es el 19 de agosto 1984, día de su visita a nuestro Centro internacional, en Rocca di Papa. En aquella ocasión él no sólo ha individualizado en el amor "la chispa inspiradora de todo lo que se hace bajo el nombre de Focolar", también ha expresado aquello que nosotros no nos atrevíamos a decir afirmando que en nuestro movimiento reconocía "la misma fisonomía de la iglesia tal como ella se había autodefinido en el Concilio Vaticano II."
Otro episodio muy significativo se remonta al 23 de septiembre de 1985, cuando, en la puerta, al término de una audiencia, mirando al futuro, me atreví a preguntarle: "¿Considera posible que el presidente del Movimiento de los Focolares, de esta Obra, que es de María, sea siempre una mujer"?.
"Sí - contestó - ¡Ojalá! ". Y ha sido a través de sus palabras, que motivaron aquel "sí", por lo que se me ha abierto, por primera vez, aquella nueva conciencia de la iglesia en sus dos dimensiones: la petrina y la mariana. Se hallan en la iglesia naciente - afirmó, citando el teólogo Hans Urs von Balthasar - y ¡deben permanecer! ".
Ha sido ésta la gran novedad que el papa, en los años siguientes, ha reiterado varias veces.
Él no vio el "perfil mariano" de la iglesia sólo como una realidad espiritual o mística, sino también como una realidad histórica y dio testimonio de ello con los hechos, abriendo las puertas a las novedades del Espíritu.
Hemos hecho una extraordinaria experiencia de esta apertura suya en el histórico encuentro de los nuevos movimientos y comunidades eclesiales, la víspera de Pentecostés 1998, en la plaza de San Pedro. En aquella ocasión, él afirmó que "el aspecto institucional y el carismático, de los que son expresión estas nuevas realidades de la iglesia son coexistenciales a la constitución de la iglesia y concurren (...) a su vida, a su renovación, y a la santificación del pueblo de Dios". Hemos exultado inmensamente.
Ya desde el principio de su pontificado, el Santo Padre reconoció en el florecimiento de los movimientos eclesiales "uno de los regalos del Espíritu concedidos a nuestro tiempo" y nos "lanzó" a llevar al corazón de la iglesia los carismas recibidos; pero nunca habríamos imaginado que un día nos asignaría tal misión.
Creo que si los cristianos aceptaran con corazón abierto y se conformarán a ésta autentica revolución que Juan Pablo II ha llevado al campo de la eclesiología, el mundo vería desarrollos inesperados en la Esposa de Cristo, porque el Espíritu Santo con sus carismas puede renovarla constantemente, hacerla más viva, más dinámica, más bonita, más aceptable, más amable, más cercana a todos.
Hay otros episodios que atañen directamente a nuestro movimiento y que también ellos demuestran el "más" de amor del Santo Padre.
Con los años nacieron, también entre los jóvenes, las familias, y personas de las más variadas categorías, anglicanos, luteranos, ortodoxos y de otras iglesias, las mismas vocaciones manantial de la obra de María entre los católicos. Fue una novedad, que estuvo mucho tiempo bajo estudio por parte de muchos canonistas, pero para el que no parecía encontrar una solución. En un determinado momento hablé de ello con el papa y él se manifestó muy abierto.
En la segunda audiencia sobre el argumento, también esta vez, de pie, me ha dicho con su usual ingenio: “He entendido. Tengo que decir: dejad tranquila la Obra de María que es de María! ". Y la situación se desbloqueó.

Recuerdo que aquella noche de repente me pasó por la mente un pensamiento: "Si hay un punto que todavía es obstáculo en el camino ecuménico, es justamente el ministerio del papa. Pero ¿quién ha acogido a estos focolarinos de las otras iglesias? Justo el papa". Ésto quedará para la historia.
El Santo Padre todavía ha ido más lejos: ha sido por sugerencia suya qué ahora también obispos de otras iglesias se encuentran con regularidad, ya desde hace años, para alimentar su ministerio con la "espiritualidad de la unidad" ya compartida por muchos obispos católicos, con los que ha aprobado un vínculo, no jurídico sino espiritual, con la obra de María.
Fue a estos mismos obispos a los que, en dos ocasiones, él ha querido subrayar que la "espiritualidad de comunión", dada por él a toda la iglesia en la Novo millennio ineunte, es característica de nuestro movimiento y que incluso la enriquece con su testimonio de unidad.
Cuando se mira lo que el papa ha hecho por la iglesia y por la humanidad, nos quedamos asombrados. Su ministerio ha tenido una tal dimensión, un tal peso y una tal influencia que sólo con el tiempo se podrá entender todo su alcance.
El papel providencial desarrollado por él en la caída de los regímenes comunistas de Europa del este es evidente. Esto pasa también por aquel doloroso atentado, dónde, cuál grano de trigo, casi murió para producir mucho fruto. Es un secreto designio el que nos lo ha devuelto, milagrosamente ileso, y que une para siempre su figura a la de la Virgen de Fatima.
Como no recordar, además, su audaz iniciativa de llamar dos veces, a Asís, por la paz en el mundo, a representantes de distintas religiones. Ha sido otra auténtica obra maestra de su pontificado, que ha señalado un giro en la historia de las relaciones entre creyentes.
Y ¿cómo olvidar sus festivos encuentros con los jóvenes, encuentros que más de una vez han conmovido al mundo entero por su extraordinaria resonancia y vastedad? Los jóvenes de nuestro movimiento intuyeron la firme confianza que el papa puso en ellos y han encontrado en él un líder suyo.
Sí, podemos estar orgullosos y agradecidos al Espíritu Santo de habernos dado durante muchos años a un papa como Juan Pablo II y estamos seguros que pronto la iglesia lo elevará a los altares.
Ha dado la vuelta del mundo la noticia que al despertar de la operación de traqueotomía el Santo Padre escribió sobre una hoja "Yo siempre soy totus tuus! ".
Este lema "totus tuus" ha sido su verdad vivida, esa verdad que le ha otorgado un inconfundible sello mariano y que lo ha hecho tan grande y tan delicadamente humano, y al mismo tiempo tal alto y tan hombre de todos, un auténtico "Siervo de los Siervos de Dios."